



De las excelencias de España.

CAPITULO PRIMERO

EL principal, el mayor requisito que aventaja á los reinos, es la antigüedad, á cuya causa el origen de España debe ser justamente con grave estimación reverenciado, pues él solo en el mundo guarda hoy el lugar primero, porque (no obstante las objeciones que se han puesto á Juan Anio) de los tres que en su libro tercero habla Beroso sucesivos al diluvio, el de la Toscana, fundado por Noé; el de Egipto, por Can; el de los Asirios, por Nembrot, ninguno permanece con título de reino; y así el de España, que fué inmediato á éstos, quedó graduado en el mejor lugar.

Túbal, hijo quinto de Jafet, según el mismo autor; Josepho (*Antiquit.*); San Jerónimo y Eusebio Cesariense, fué el basa principal de sus fundamentos. Excelencia notable, como también

lo es la conservación maravillosa de su nombre, si bien ninguna iguala á la de haber (antes que otra nación, después de la de Judea) recibido la doctrina evangélica. Así lo sustentó elegantemente el cardenal de Torquemada, dominico y nuestro inquisidor en España, asistiendo al Concilio de Basilea.

Porque Santiago, protomártir de los doce, antes que se dividiesen por el mundo los demás apóstoles, la predicó en ella y erigió sus primeras aras en la imperial ciudad de Zaragoza, corte de la corona de Aragón, dedicándoselas á la Emperatriz y Reina de los Angeles, por expreso mandato de su boca dulcísima, según Anastasio Antioqueno, Isidoro, Braulio, Beda, Usuardo, León III, Gregorio VII, Gelasio II, Nicolás de Lira, el famoso Tostado, Calixto II y III, San Antonino, Garibay, Zurita, Morales, Román, Genebrardo, Castillo, Blancas, Vaseo, Béuter y otros autores, nos lo afirman y escriben. Plinio comienza en su descripción general hablando de ella como de parte más principal del orbe. Y bien se deja ver que autor tan grave no así se movería sin causas que bastasen á repetir entonces su defensa, mas justamente pudiesen prevenir para ahora la portentosa majestad en que la vemos, pues prudentemente se probará que ninguna región, reino ó provincia goza de tan ilustres excelencias. De su infinito número presumo entresacar doce que sean muestra

de mi verdad y su grandeza. Ellas, en tal bosquejo, podrán calificarse, que mi pluma y talento no aspira ni se atreve mayores golfos. Diré las que ocurrieren á mi frágil memoria, ilaciones á su origen antiguo, á su defensa, riqueza y cristianidad; á su inviolable fe, valor y santidad, sabiduría, valentía, dominio, imperio y consejo; en cada cual de aquestos tributos procuraré ceñirme á un igual número. Sabida cosa es, como ya queda dicho, que fué Túbal su primer fundador, cuya corte y asiento en la región que después se llamó Lusitania, fué la famosa villa de Setúbal, erigida en su nombre, y desde quien pobló las demás provincias principales de España, que son doce: Portugal, Galicia, Vizcaya, Navarra, Aragón, Cataluña, Valencia, Andalucía, las dos Castillas, León y Extremadura, que no es menos antiguo su venerable origen.

CAPÍTULO II

Prosigue.

NI es menos admirable la segunda excelencia, la defensa espantosa que con tolerancia increíble ha hecho á doce suertes de enemigos, de quien se ha resistido en diferentes tiempos. En aquellos primeros, los tres bravos Geriones y el decantado Caco harán cierta mi empresa; como después y en éstos, los tiranos Almonidas, los

Cartagineses y Romanos, los Hunnos, Godos, Vándalos, Suevos, Burgundios, Moros, Ingleses y Franceses, que quien si quiere leer nuestras historias, verá contra estas gentes inauditas victorias.

De sus riquezas grandes, ¿quién duda que hoy gozamos con más seguridad su dulce fruto, si como se ha entendido no lo fuera en el mundo tal verdad y noticia? Pues es cierto que aun cuando se negara lo restante del orbe, España encierra en sí cuanto necesitan los hombres, sin haber menester las ayudas que ella hace á diversas provincias que se aumentan y viven con las relieves de sus frutos y metales.

De éstos hizo mención el Espíritu Santo en el primero de los *Macabeos*, donde dice que oyó Judas decir de los romanos que habían sujetado á España sus metales y riquezas preciosas. Y es certísimo que del oro que rindieron sus entrañas, de la acendrada plata que brotaron sus venas, no sólo se enriqueció Fenicia, Africa y Grecia, sino que juntamente crecieron formidables y espantosas las armas y poder de los romanos. Y así á este fin, hablando de nosotros Valerio Máximo dice, nunca advertimos la importancia de este grande tesoro, porque á entenderla, como Roma por su ayuda y favor señoreó la tierra, así España se hubiera anticipado y hecho dueño de ella y de Roma.

Pues demás de lo escrito no hay parte en sus

contornos, que son de 634 leguas, que igualmente no se muestre abundante en los frutos, próspera en las riquezas, sobrada en los metales, todo merced de sus benignas influencias, puros y saludables vientos, de su cielo y asiento felicísimo, en quien, pasando á la excelencia que le sigue para su mayor gloria, Santiago el Mayor fué el primero que en ella predicó la fe de Cristo, digna excepción en su mejor grandeza, por ser no sólo uno de los más queridos discípulos y primo suyo, sino también el protomártir del divino Colegio. Y así, á imitación de su Maestro, como él redimió el mundo y sembró su fe con doce discípulos, cuya predicación sonó por lo criado, así en España Santiago la dilató con otros doce, cuyos nombres y las provincias donde la promulgaron son las siguientes: San Mancio, en Alentejo y Evora; San Pedro de Ratis, en Coimbra y la Vera; San Hieroteo, en Galicia; San Saturnino, en Pamplona; en Avila, Segundo; San Eugenio, mártir, en Toledo; San Hesiquio, en Astorga; San Torcato, en Cádiz; San Eufrasio, en Andújar; en Almería, Indalecio; en Berja, Tesipho, y en Granada, Cecilio, y antes, en Zaragoza, nuestro invicto Patrón.

Después del cual, con suficiente causa en la quinta excelencia que es nuestra fe católica, podré elegir por capitán dichoso al santo Recaredo, pues este inclito príncipe desterró la secta arriana, y resucitó en España la fe de Jesucris-

to y la perseverancia inmutable contra los errores y herejías que la han presumido inficionar, siendo sus principales soldados doce gloriosos santos que, con valor accérrimo, se pusieron en diversas edades á su contradicción. Así lo hicieron Leandro é Isidoro, Fulgencio, Florentina y la reina Teodora; Eugenio y Elifonso, San Julián de Pomaro y el famoso Domingo, cerrando aqueste número los decantados reyes Fernando é Isabel, que instituyeron la Santa Inquisición, y el milagroso Pedro Arbués de Epila, primer inquisidor de Zaragoza, á quien, en odio de la fe y por su defensa, martirizaron (casi en los tiempos de nuestros abuelos y padres) algunos extranjeros.

Y pues es el valor la excelencia sexta, califiquen con inmortales alabanzas tan anexo atributo otros doce esclarecidos príncipes, cuyo esfuerzo en la última calamidad de España fué su restauración, y sea el primero el santo rey Pelayo, que recogido en las Asturias cuando todo estaba por el suelo y nuestras cervices sometidas á un duro cautiverio, saliendo de una cueva con una muy corta compañía, restituyó á España su valor, destrozando en un punto trescientos mil moros con su capitán Abraym. No le debemos menos al primero y católico Alfonso; al ínclito Bermudo, que venció al moro de Moncayo; á don Ramiro, que nos libró del infame tributo de las Virgenes; Ordoño, que venció á Muza en Albai-

da; á Iñigo-Arista, portento de Aragón; al glorioso y nunca asaz loado conquistador don Jaime; el magno Alfonso, que sujetó á Toledo; don Ramiro, que venció Abdurramen de Córdoba, con la muerte de seiscientos mil moros. Y, finalmente, dejando aparte el de las Navas de Tolosa, el de Algecira, los Sanchos, los Ordoños y el último Fernando, á quien ya he repetido, demos fin á este número con el primero rey de Portugal, don Alonso Enríquez; con el siempre dichoso D. Manuel, y últimamente con el prudente y sabio don Felipe II, terror universal de los infieles, que allanó los moros levantados, que ganó la batalla Naval, glorioso propugnáculo, asilo, guarda y defensa de la Iglesia católica.

CAPÍTULO III

Prosigue.

Mas, pues la santidad es su mayor excelencia, discurramos en ella, entresacando del numeroso ejército que la patrocina y ampara doce santos, que, con el famoso Hermenegildo, engrandezcan su patria, como á Huesca, el protomártir español Lorenzo; á Córdoba, Rodrigo; Justa y Rufina, á Sevilla; San Dámaso, á Madrid; Raimundo, á Barcelona; San Vicente, á Valencia; San Antonio, á Lisboa; Lamberto, á Zaragoza; á Alcalá, Justo y Pastor, y á toda España, Engra-

cia, que, con sus invencibles compañeros, santificó la corte de Aragón. No me engolfo en sus innumerables mártires, no escribo los de Mérida, los de Granada y León, los de todas las ciudades que este dichoso reino tiene por sagrarios riquísimos, por erarios famosos de sus santas cenizas, pues todo es un plantel de tal semilla, regada con su sangre y santificada con los gloriosos triunfos que alcanzaron de los idólatras gentiles, de los arrianos y moros, á quien, con generoso espíritu, venció su perseverancia católica, como también su ciencia, sus letras y doctrina.

Es esta la excelencia octava, y así aunque del sabio Alfonso sus memorables *Tablas* pudieran dar principio á otro igual número, he querido excusarle por no incurrir en general emulación de tantos doctos. Tomaré otro camino, y así, dejando entre renglones sus más claros luceros, los santos y doctores de sus iglesias y aquellos que veneró la antigüedad gentil, ilustres Sénecas, Pomponio, Silio Itálico, Marcial, Lucano, Quintiliano, Avicena, Averroes, saldré de tanta máquina diciendo doce Universidades, que entre sus más famosas resplandecen. Son éstas: Salamanca, Alcalá y Huesca; Coimbra, en Portugal; Valladolid, Toledo; Lérida, en Cataluña; Valencia, Zaragoza, Sevilla, Sigüenza y Osuna. Dejo las de Oñate y Baeza y los Estudios, Colegios y Conventos, porque si hablara de ellos, no hay

villa, no hay ciudad que no tenga uno y muchos. Y así quien esto oyere y antes hubiere leído que las provincias de Africa, parte principal de la tierra, sólo tuvieron á Medauro, ni Grecia más que á Atenas; Italia, á Bolonia y Pavía; Francia, á París y Tolosa; Flandes, á Lovaina; á Ojonia, Inglaterra, y Alemania, á Colonia, habrá de concedernos su mayor excelencia.

Y ¿quién nos negará la valentía española? ¿Quién el honor y gloria de sus temidos capitanes, de sus grandes victorias, de sus magníficas hazañas, y quién las robustas y monstruosas fuerzas con que las han alcanzado? Bien conocida es, en verdad, en cuanto mira el sol, pues ni sus rayos han hoy tocado parte en que sus hechos, sus grandezas no sean memorables y eternas; y, con todo, no pretendo excusarme sin agravio de aquellos que de presente olvida mi memoria de escribir otros doce varones invencibles, á cuyo lado sin descrédito pueda el portugués Viriato (terror de las banderas imperiales de Roma) mostrar su compañía, y así el segundo á éste sea el célebre Bernardo, el famoso Ruy-Díaz, el gran Fernán González, el venerable don Artal de Alagón, Mudarra, Sancho Ordóñez, el Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba, y sea el noveno el siempre victorioso Galeoto Bardaxí, admiración de Italia y gloria de Aragón; el ilustre portento en América don Fernando Cortés; Alfonso de Alburquerque, asombro del

Oriente, y don Fernando de Toledo, duque de Alba.

Con que cerrando dignamente el ofrecido número, podré mejor pasar á la excelencia que se sigue: al dominio de España, que, según gravísimos autores, está tan dilatado y extendido, que de Oriente á Poniente, dando el sol vuelta al círculo del orbe, siempre va caminando por tierras y provincias que le son tributarias. Porque en Europa, sujeta á Flandes, Borgoña, Milán, Nápoles, Sicilia, Cerdeña é Ibiza; Prócita, Mallorca y Menorca; y en Africa y sus costas, á Orán, Mazalquivir, Melilla, Tánger, Ceuta, Larache y la Marmora, sin la grandeza inmensa de Guinea y cuanto allí tiene Portugal adquirido. Asia le rinde populosas provincias, reinos, ciudades, innumerables islas y fortalezas; en los dos sinos Pérsico y Árabe, y las partes de Goa, Cochín, Malabar, Malaca, Filipinas, Malucas, como en todas las costas del Océano, tiene toda la América, en cuyo espacio, siendo la mitad de la tierra, nadie, ni sus grandes islas y tesoros, triunfan gloriosos más que sus castillos y leones, sus barras de Aragón, y aun estas últimas hicieron las primicias del gasto, la costa y el avío de aquellos sus primeros exploradores, del famoso Colón y sus inmortales compañeros.

CAPITULO IV

Concluye la materia.

MAS ya es justo tratemos de la excelencia de su imperio, de los ilustres y generosos príncipes que la han señoreado con este título; porque mejor en ellos, á pesar de la envidia, se conozca en el mundo la felicidad con que España ha dado en todos siglos muestra de su bondad con tales hijos; y pues los mejores que tuvo Roma fueron los suyos, justo será que en doce emperadores que ha producido España se comience por ellos. Y así debidamente, Trajano podrá ser el primero, y seguirle Teodosio, Valentiniano, Arcadio, Honorio, el segundo Teodosio y Adriano; don Alonso, el que ganó á Toledo y el Magno de su nombre, tuvieron igual título; el décimo fué electo en Alemania, y el de Aragón y de Castilla, el gran *batallador*, don Alonso, mereció tal renombre; y, últimamente, los dos caros hermanos Fernando y Carlos V, de cuyas hazañas y victorias está el orbe cubierto, por su excelente madre fueron también de España, con lo cual sólo me restará cumplir su más grave atributo y la excelencia en que más resplandece su prudencia y consejo.

Repártese éste (dejo en silencio la santidad y acuerdo de sus leyes y fueros) con gobierno político, maravilloso y ejemplar por diversos

motivos; juntas, congregaciones, cabildos, corregidores, regimientos, concejos, que reconocen sujeción en lo que toca á cada uno, á doce Consejos superiores, que son la clave, basa, fundamento y gobierno de su más dilatada monarquía. El de Estado, con poderoso luto (en cierto modo superior á las cosas) abraza lo esencial de sus acciones; mira y conserva la reputación de los reinos; como el Real de justicia la administración libre de ella. La temida y venerable Inquisición, celda y ampara, intacta y pura la santa fe católica; el Consejo de Hacienda procura sus aumentos y creces; el de Guerra consulta, premia servicios, provee atentamente expertos capitanes y los demás progresos incidentes en mejor ejecución; el de Ordenes dispone en los maestrazgos de Alcántara, Calatrava y Santiago, juzga sus dependencias; y el de Cruzada las que se ofrecen en la publicación de las Bulas, distribución de sus efectos. Todos éstos asisten en la corte y juntamente el Supremo Consejo de Aragón y de Italia, Flandes y Portugal y el Real de las Indias: sin los cuales en Valladolid y Granada, hay dos Chancillerías, en Sevilla y Galicia dos Reales Audiencias; el reino de Navarra se gobierna con otra y los de la corona de Aragón, Indias Occidentales y Orientales, con tantas tan ilustres, que cada cual forma por sí distintamente otra grandiosa corte, nueva y suprema majestad que las asiste y aprecia con mayor esplendor.

Basta el que sobra en todas á deslumbrar aqueste atrevimiento con que, acobardada mi pluma reprime su carrera y aun remite al curioso investigador de tantas excelencias á más diestros pintores. Véanse, entre los muchos que las han divulgado, á Marineo, Domingo Baltanás y Juan Vaseo; pues cualquiera de estos graves autores llenará sus deseos y suplirá mi empeño bastantemente, y si ya su opinión no les satisficiese, lean las palabras de Suetonio Tranquilo ó las del famoso historiador Justino, pues en confirmación de mi verdad el uno describe esta nación con títulos magníficos, indómita, invencible, valentísima; y aun no contento, realza su valor, su lealtad, aventajándola entre todas las gentes de la tierra; por cuya causa, Julio César, los eligió y mantuvo en su propia guarda. Y el otro, confirmando este mismo argumento, hace increíble su tolerancia y sufrimiento, espantosa su fe; y su constancia tan incontrastable é innaccesible, que ni la desnudez, hambre, cansancio, ni trabajo sin número, la prevaricaron ni vencieron. Con que dignamente, ha llegado á sujetar el poder más soberbio y la emulación de tantos enemigos; predominándolos con más estimación, aplauso y honra que los Asirios, Persas, Griegos, Cartagineses y Romanos. Y así la dilación de este resumen, merece excusa, como el ceñirle en términos más breves rigurosa censura. Fuera muy digno de ella,

si tratando casos tan peregrinos, como verá el lector, no hubiera hecho de la provincia y reino que les fué madre tan corta digresión. Súplase me su enfado, mientras con la restante diversión le pareciere digno de su perdón y aplauso. Pasando juntamente los ojos, para su mayor calificación y certeza, por estos versos del divino Claudiano, con que bastantemente, quedará satisfecho, y más gloriosas las excelencias de mi patria.

Quid dignum memorare tuis Hispania terris,
Mens humana valet, primo levat equore solem,
India, tu sessos exacta luce jugales,
Proluis, in que tuo respirant sidera fluctu
Dives equis, frugum facilis, pretiosa metallis
Principibus fœcunda piis tibus saecula dabent
Trajanum, feries, his fontibus Ælia fluxit.



El buen celo premiado.

CAPÍTULO V

Historia notable sucedida en la imperial ciudad de Zaragoza, con el origen y antigüedad de sus mayores excelencias.

EN los sagrados márgenes del celebrado y famoso Ibero, y casi en la mitad de su extendida y espaciosa vega, está fundada la ciudad de Zaragoza, honor y gloria de España, cabeza imperial de la corona de Aragón y de sus poderosas provincias, reinos y condados: digo Rosellón y Cerdenia, Sicilia, Hierusalem y Nápoles; Cerdeña, Ibiza, Mallorca y Menorca; y en primer grado, Aragón, Valencia y Cataluña; y en los pasados siglos, de los valientes y fidelísimos Celtiberos, colonia de romanos y Audiencia ó Chancillería predominante á los nombrados pueblos edetanos.

Según Plinio, Gauberto, Marineo Sículo y